

JACINTO ROMARATE: EL ÚLTIMO E INVICTO DEFENSOR ESPAÑOL DEL PLATA

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Miembro Distinguido del Instituto Nacional Browniano
de la República Argentina



HORA que se acerca el bicentenario de unos hechos tan poco recordados en España, y sin embargo tan decisivos para la Historia mundial, como fueron los de la emancipación americana, creemos oportuno recordar aquí la figura de un gran marino español injustamente olvidado en su propia patria y algo más tenido en cuenta en las tierras y mares que fueron testigos directos de su valor, tenacidad y pericia.

Nacimiento y primeros años

El 12 de febrero de 1775 nació en Sodupe (Vizcaya) un niño, hijo de Manuel José de Romarate y de Nicolasa de Salamanca, al que se puso por nombre Jacinto. De familia hidalga y acomodada, el joven sentaba plaza de guardia marina de la Real Armada el 29 de mayo de 1792, en el Departamento de Ferrol. Como tal, embarcó en el gran navío de tres puentes *Reina Luisa*, insignia del almirante Lángara en la campaña de Tolón contra la Convención francesa, asistiendo a los avatares de la larga y dura campaña y del famoso asedio. En medio de ellos, el 30 de octubre de 1793 ascendía a alférez de fragata. A continuación embarcó en diversos buques en operaciones por el Mediterráneo, como en el navío *Mexicano* de 112 cañones, el *Monarca* de 74, las fragatas *Dorotea* y *Mahonesa*, la corbeta *San Gil* y el bergantín *Tártaro*.

Con alguna lentitud, el ascenso a alférez de navío se demoró hasta el 5 de octubre de 1802, constandingo que mandó hasta julio de 1804 la jábega cañonera *Núm. 1*, las balandras cañoneras *Núm. 9* y *Núm. 4*, así como la obusera *Núm. 2*, logrando una importante experiencia en el mando de aquellas pequeñas unidades.



Jacinto Romarate. Anónimo. (Museo Naval. Madrid).

Embarcó a continuación en la corbeta-correo *Infante Francisco de Paula*, con la que cruzó el Atlántico hasta Puerto Rico, Cartagena de Indias y La Habana, y en viaje posterior hasta Montevideo, donde llegó el 1 de febrero de 1806. Había ascendido a teniente de fragata el 8 de diciembre de 1804, quedando destinado en aquel apostadero.

Muy poco faltaba para la primera invasión británica del entonces virreinato del Plata, mandada por Beresford, que se apoderó casi sin lucha de Buenos Aires en junio de ese mismo año. Como es bien sabido, el entonces capitán de navío Santiago Liniers supo reunir fuerzas suficientes en Montevideo, especialmente del Apostadero, y embarcadas en una flotilla sutil llevarlas a

Buenos Aires, reconquistarla al asalto y rendir a la guarnición británica. En aquellos gloriosos hechos Romarate se distinguió al mando de la cañonera *Vizcaína*, cuyo nombre concordaba con su origen. Su actuación le valió el ascenso a teniente de navío el 24 de febrero de 1807.

De nuevo volvió a distinguirse el joven oficial durante la segunda invasión inglesa cuando el ejército de Whitelocke fue derrotado decisivamente en combate en las propias calles de Buenos Aires, pues consta que Romarate luchó encuadrado en el batallón de Marina, valiéndole su actuación el ascenso a capitán de fragata el 23 de noviembre de 1807, con 32 años cumplidos.

Siempre destinado en la Fuerza sutil, única realmente del Apostadero, consta que mandó por entonces la balandra *San José*, con dos cañones de a 18 y dos carronadas de a 24 y la zumaca —especie de bergantín fluvial del Plata— *Carmen*, del porte de 10 cañones, con lo que afianzó aún más su conocimiento y destreza en el mando de unidades sutiles.

La Revolución de 1810 le sorprendió en Buenos Aires, pidiendo y logrando el traslado a Montevideo al no aceptar, como la mayoría de los oficiales de la Real Armada, la nueva situación política. Allí volvió a destacarse en la represión de una insubordinación de dos batallones de infantería de la milicia

local urbana, puesto al mando de la Maestranza del Arsenal, a la que se armó para escoltar la artillería volante que decidió la sumisión de los amotinados. Montevideo quedó así como bastión «realista» frente a la revolucionaria Buenos Aires.

En septiembre de 1810, la Junta de Buenos Aires decidió extender su revolución a otras tierras con la «Expedición Libertadora» puesta al mando del general Manuel Belgrano, lo que motivó la creación de una improvisada fuerza naval, con embarcaciones mercantes armadas y tripulada por hombres de la matrícula local al mando de Romarate. La división se componía de las corbetas *Mercurio* y *Diamante*, los bergantines *Cisne* y *Belén* y los faluchos *Fama* y *San Martín*, con los que se bloqueó Buenos Aires, hasta que un intento de motín entre algunos miembros de las dotaciones a favor de los revolucionarios le obligó a volver a Montevideo.

Viendo la necesidad decisiva de dominar esas aguas, la Junta de Buenos Aires decidió, por su parte, improvisar igualmente una fuerza naval, pero ante la carencia de buques y de marinos instruidos recurrió a dar patentes de corso a buques y hombres de cualquier procedencia, dispuestos a luchar por su causa y contra el dominio español, aunque —como comprobará pronto el lector— se trataba mayoritariamente de corsarios franceses, presentes en el Plata desde la guerra anterior, y en ocasiones destacados en la lucha contra las dos sucesivas invasiones inglesas anteriores.



Combate de San Nicolás.

Una completa victoria en San Nicolás de los Arroyos

La flotilla argentina se componía de los siguientes buques: goleta *Invencible*, al mando del corsario maltés Juan Bautista Azopardo, de 12 cañones, cuatro de ellos de a 12 libras y el resto de a 8; el bergantín *25 de Mayo*, al mando del francés Hipólito Bouchard, con 14 carronadas de a 12 en los costados, dos cañones de a 12 en proa y otros dos de a 8 en popa, así como la balandra *Americana*, con un cañón de a 6 en colisa (giratorio) a proa, y dos de a 3 en las bandas, al mando del también francés Abel Hubac. Era el comandante supremo Azopardo, con amplia experiencia de corsario contra los ingleses bajo distintas banderas.

La española estaba compuesta de los bergantines *Cisne* (insignia de Romarate) y *Belén*, al mando de los tenientes de fragata Manuel Clemente y José María Rubrón, y los faluchos armados como cañoneros *San Martín*, al mando del alférez de navío José Aldama, y *Fama*, mandado por el alférez de fragata Joaquín Tosquella. El *Cisne* estaba armado de dos cañones de a 18 a proa y ocho de a 6 en los costados; el *Belén* con dos cañones de a 18 a proa, dos de a 8 en popa y ocho carronadas de a 12 en los costados, y los dos cañoneros llevaban, respectivamente, uno de a 6 y otro de a 8, ambos en colisa. Así pues, eran 33 cañones argentinos contra 24 españoles.

Según su parte oficial, no desmentido por los hechos, Romarate avistó a sus enemigos al alba del 1 de marzo de 1811, a quienes iba buscando, acodados en el canal que forma la isla de San Nicolás con las Barrancas, y navegando contra corriente a la vela y a la espía se aproximó a ellos desde las 0800 de la mañana de ese día. A las 1600 de la tarde, y tras penosa navegación, se mandó al falucho *San Martín* a parlamentar con el enemigo, a lo que éste se negó.

Al día siguiente, de nuevo los buques de Romarate se pusieron en movimiento para atacar a sus enemigos, que arbolaron banderas rojas significando que no pensaban dar cuartel. Apenas empezado el fuego, los vigías españoles señalaron que por tierra acudía una tropa de caballería enemiga remolcando cuatro cañones de a 8, que rápidamente emplazaron en la escarpada orilla y rompieron su fuego sobre los españoles, no tardando en acertar con cuatro disparos al insignia. A todo esto, en sus maniobras, los dos bergantines españoles encallaron, bien que pudieron librarse por sus propios medios. Al poco, el falucho *Fama* informó que la corredera de su cañón se había roto a los dos disparos, por lo que no podía continuar el fuego, ordenándose que pasara su dotación a los dos bergantines para reforzarlos.

A las 1500 horas, tras intercambiar un intenso fuego de fusil y de cañón, Romarate decidió pasar al abordaje: lo dio primero el *Belén* a la *Invencible*, empeñándose una violenta lucha en cubierta, mientras que el *Cisne* lo daba al *25 de Mayo*. En el segundo y más poderoso buque Bouchard no supo o no

pudo imponerse a la dotación que, aterrorizada, saltó por la borda buscando refugio en tierra, de modo que el buque se tomó a costa de sólo cuatro heridos españoles. En la *Invencible*, Azopardo presentó mucha mayor resistencia, sufriendo el *Belén* 11 muertos y 16 heridos en su dotación, pero al fin tuvo que entregarse al ser también acometida por el victorioso *Cisne*. En la *Americana* parece que un disparo español provocó una vía de agua y otro mató a su comandante, Hubac, por lo que la aterrada dotación hizo encallar el buque y huyó hacia tierra.

Rendidos los tres buques enemigos, Romarate mandó un trozo de desembarco a tierra para apoderarse de las cuatro piezas que allí había emplazado el enemigo, al mando del alférez de navío José Aldana y el de fragata Joaquín Tosquella (los dos comandantes de los cañoneros), junto con el capitán de Artillería del Ejército Juan Pedro de Cerpa, que hicieron huir a los enemigos y se apoderaron de los cuatro cañones de a 8, que fueron embarcados. De la misma manera se rescataron hasta 62 enemigos que, desnudos y hambrientos, estaban desamparados en la orilla, «previniéndoles que no debían temer ninguna clase de violencia ni maltrato».

Pocas veces se habrá visto una victoria tan completa, pues los tres buques enemigos fueron capturados e incorporados a las fuerzas navales españolas, así como las cuatro piezas de tierra. En cuanto a las bajas, se anotaron entre



Combate de San Nicolás.

los argentinos 36 muertos y heridos, aparte de un número mayor de ahogados al intentar huir saltando por la borda, algunos prisioneros como Azopardo mismo y los 62 náufragos rescatados. Entre los españoles, y sumando las de los dos bergantines, las bajas fueron de 11 muertos y 20 heridos.

Aquella tan meritoria victoria le valió a Romarate el ascenso a capitán de navío (graduado) con fecha 24 de mayo de 1811 y la Cruz de Marina Laureada. Al prisionero Azopardo se le envió a España, donde fue juzgado y condenado a muerte, pero luego fue indultado y repatriado. En Argentina se había juzgado muy duramente, en un primer momento, su verdaderamente heroica aunque desafortunada conducta, pero luego fue repuesto en grados y honores.

La guerra siguió con predominio español en el mar, que se tradujo en sucesivos bloqueos y bombardeos de Buenos Aires, y argentino por tierra, amenazando a Montevideo, pero sin lograr ningún bando la victoria decisiva, por lo que se impuso un armisticio el 20 de octubre de 1811 que, sin embargo, no duró mucho. Por entonces se le encargó a Romarate que organizase y disciplinase un batallón de infantería compuesto de gente de mar.

Reanudadas las hostilidades, a Romarate se le dio el mando de una división compuesta por los *Belén*, *Cisne*, *Gálvez*, goleta *Invencible* y balandra *Americana*, con 700 hombres de tropa embarcados, para realizar incursiones sobre las costas dominadas por el enemigo, misión que transcurrió sin mayor relieve.

En Buenos Aires no se dudó en recrear de nuevo una flotilla, bien que ahora mucho más poderosa y con marinos fundamentalmente británicos y estadounidenses, aunque las tropas de infantería embarcadas en los buques eran mayoritariamente argentinas. Tras algún debate, se decidió finalmente nombrar jefe de la fuerza al irlandés (entonces súbdito británico) William Brown. A principios de marzo de 1814, la escuadra dio la vela hacia la isla de Martín García, donde estaba fondeada la flotilla de Romarate, sabedora de que una fuerza enemiga superior iba a su encuentro.

Nueva victoria en Martín García

La flota argentina tenía la siguiente composición:

- Fragata *Hércules*, insignia, al mando del sargento mayor Elías Smith, con cuatro piezas de a 24, ocho de a 18, doce de a 6 y seis pedreros, con un total de 30 piezas.
- Corbeta *Zéphir*, al mando del sargento mayor Santiago King, con catorce carronadas de a 12 y 9 libras y dos cañones largos de a 6, con un total de 18 piezas.
- Bergantín *Nancy*, al mando del sargento mayor Richard Lee, seis cañones de 10, siete de a 4 y dos largos de a 6, en total 15 piezas.



Combate de Martín García.

- Goleta *Juliet*, al mando del teniente coronel Benjamín Franklin Seaver, con un cañón largo de a 24 en colisa, dos carronadas de a 18, dos de a 12 y cuatro de a 6, en total nueve piezas.
- Goleta *Fortuna*, al mando de John Nelson, con ocho piezas de a 6 y siete de a 4, total 15 piezas.
- Falucho *San Luis*, al mando del sargento mayor John Andel, con una pieza de a 18.
- Balandra *Carmen*, al mando de Samuel Spiro, con una pieza de a 12 y cuatro de a 6, total cinco piezas.

Eran, pues, siete buques con 93 piezas, formando sus dotaciones 430 hombres de mar y 234 de guerra.

La española, por su parte, se reducía a:

- Bergantín *Belén*, insignia, dos piezas de a 18 a proa, dos de a 8 en popa y ocho carronadas de a 12.
- Zumaca *Aránzazu*, diez piezas de a 12.
- Bergantín *Gálvez*, siete piezas de a 6.
- Balandra *Americana*, una de a 18, colisa a proa.
- Balandra *Murciana*, una de a 18, colisa a proa.
- Cañonera *Perla*, una pieza giratoria.

- Cañonera *Lima*, ídem.
- Cañonera *San Ramón*, ídem.

Como se ve, ocho buques, con 32 piezas y menos de 350 hombres. Es decir, la fuerza española tenía sólo un tercio de los cañones de la atacante, parecido porcentaje de inferioridad en toneladas (cinco de los ocho buques eran simples cañoneras) y aproximadamente la mitad de hombres. Lamentablemente, no podemos dar noticia de los comandantes españoles, pues Romarate no los cita en su parte, como sí hizo en el combate anterior.

Romarate esperó a su enemigo con sus tres bergantines fondeados en línea, junto a la cañonera *Lima*, con el único apoyo de una pieza de a 6 de la isla y otra de igual calibre desembarcada del *Gálvez*. En segunda línea se dispusieron las otras cuatro cañoneras.

Mientras Brown se dirigía con sus tres buques principales al ataque de la línea española, destacó a las *Fortuna*, *Carmen* y *San Luis* para atacar al enemigo por retaguardia.

Para contrarrestar la maniobra envolvente, Romarate envió contra esta fuerza a las *Americana*, *Murciana*, *Perla* y *San Ramón*, que a los pocos tiros hicieron replegarse a los enemigos, reincorporándose a su grueso, fracasando así la tentativa pese a que los tres buques argentinos disponían de 21 piezas (12 de andanada) contra las cuatro españolas.



William Brown.

Pero eso era una cuestión menor, pues el enfrentamiento principal iba a ser entre los dos gruesos, avanzando Brown contra la línea española en su *Hércules*, que por sí solo tenía más cañones y de mayor calibre y peso de andanada que los cuatro que se le oponían, siguiendo sus aguas los *Zéphir*, *Nancy* y *Juliet*, de potencia conjunta equivalente o mayor. La victoria por puro aplastamiento parecía indudable.

Sin embargo, Romarate había elegido bien su posición defensiva, contando con el escaso calado de las aguas cercanas a la isla, y así, la pesada *Hércules* quedó encajada de proa y frente a toda la

línea española, que no tardó en acribillarla con toda clase de proyectiles, dejándola seriamente averiada y desmantelada, sin poder contestar más que con tres cañones por la proa y su andanada completa de estribor contra los cañones de la isla.

Las bajas argentinas fueron muy serias, muriendo el comandante del insignia, Elías Smith, y el de la *Juliet*, el estadounidense Seaver, así como el capitán jefe de la infantería embarcada, el francés Martín de Jaume, y otros oficiales. En total se sumaron nada menos que 45 muertos y 50 heridos. Las bajas españolas se redujeron a cuatro muertos y siete heridos, según el parte de Romarate.

Al alba del día siguiente la *Hércules* seguía encallada y a tiro, reanudándose el fuego hasta eso de las 0845, en que dando vela con el trinquete, único palo que le quedaba útil, y pese a sus velas y jarcía acribilladas, el buque pudo zafarse y retirarse. Llevaba nada menos que 82 impactos en el casco. Y aún pudo haber sido peor de no ser porque en la flotilla de Romarate las municiones escaseaban terriblemente, como se quejaba en su parte el propio jefe.

Para Romarate la ocasión estaba clara: desde Montevideo debían enviarle repuestos y municiones de todas clases, así como organizar otra flotilla con los mejores buques allí destacados y que no prestaban entonces servicios por falta de alistamiento y de dotaciones: las corbetas *Mercurio*, *Paloma* y el queche *Hiena*, junto al bergantín *Cisne*, con los que podría aniquilar a la fuerza enemiga.

Pero en Montevideo no se hizo nada, dándose por satisfechos con el nuevo triunfo y perdiendo así una magnífica oportunidad. Cuando se decidieron a actuar, como veremos, ya era demasiado tarde y lo hicieron mal e improvisadamente, con catastróficos resultados.

Pese a su derrota, Brown no quiso abandonar aquellas aguas, buscando alguna clase de desquite. A los pocos días recibió un refuerzo de 62 soldados, que le trajo el nada neutral HMS *Hope*, y animado por ello planeó un desembarco en la isla, efectuado por un total de 240 hombres divididos en tres secciones y embarcados en ocho botes, que se lanzaron al asalto en la noche del 14 de marzo.

En la isla, la guarnición se componía de algunos soldados regulares y milicianos locales, en número de sólo 70 hombres, que presentaron alguna resistencia, causando tres muertos y cinco heridos a los asaltantes y retirándose a continuación hacia los buques de Romarate junto con la población civil, mayoritariamente partidaria de los españoles. Dejaron atrás diez muertos, siete heridos y cincuenta prisioneros, de los que nueve eran de tropa, veintinueve milicianos y veinte «morenos», es decir, esclavos negros liberados para la ocasión. Los victoriosos atacantes se jactaron de haber «pasado a degüello» a algunos de los que más se les resistieron, como se puede ver por la desproporción entre muertos y heridos.

Los atacantes se apoderaron de los cañones allí emplazados, los dos iniciales que hemos descrito en el combate naval y dos más desembarcados de la flotilla por Romarate, volviéndolos contra los buques españoles. Romarate se vio forzado a la retirada, no atreviéndose la flotilla enemiga a seguirlo, dirigiéndose a la desembocadura de los ríos Negro y Uruguay.

Por su parte, Brown se limitó a embarcar los pocos pobladores de la isla que habían quedado, desmanteló las precarias fortificaciones, incendió las viviendas y se retiró a Buenos Aires para reparar su baqueteada flotilla, no sin destacar parte de sus fuerzas a vigilar a la de Romarate.

La última victoria: el Arroyo de la China

La en cualquier caso invicta escuadrilla de Romarate estaba falta de todo, hasta de comida, por lo que su jefe, en su nuevo fondeadero, tuvo que ponerse en contacto con Fernando Otorgués, subordinado del cabecilla «oriental» Artigas, si bien opuesto a la dominación española, receloso del expansionismo de Buenos Aires, obteniendo el suministro de carne con seis reses diarias y ofreciendo algo de galleta y la tan necesaria pólvora.

Y estando en conversaciones con el caudillo local el 28 de ese mismo mes de marzo, Romarate escuchó a eso de las 1230 de la mañana el cañonazo de aviso del *Belén* que había avistado varias embarcaciones enemigas dispuestas al ataque. Pese a la inmediata partida, Romarate no pudo llegar a embarcar hasta cerca de las 1400, aunque con la tranquilidad de que el comandante del *Belén*, su insignia, y segundo en el mando, teniente de fragata Ignacio Reguera, había tomado las medidas oportunas.

La flotilla enemiga estaba al mando del norteamericano Thomas Nother, que arbolaba su insignia en la zumaca *Santísima Trinidad*, acompañado de la goleta *Fortuna*, balandra *Carmen*, faluchos *San Luis* y *San Martín* y la cañonera *Americana*. Es claro que pensaban que Romarate carecía ya casi por completo de municiones y que pretendieron sorprenderle.

En cuanto a la flotilla española, no conocemos su composición, pero debía de ser la misma que en el combate de la isla de San Martín pocos días antes. Señalar que el bergantín *Gálvez* tendría ya solamente cinco piezas de a 6, por haber dejado las otras tres en la isla.

De nuevo la superioridad argentina era manifiesta, pues la *Trinidad* tenía catorce piezas, y las ya conocidas *Fortuna* y *Carmen*, quince y cinco respectivamente. Contando con que los faluchos y la cañonera llevarían al menos una pieza cada uno, sumaban 37 piezas contra las 30 españolas.

A eso de las dos se rompió el fuego por ambas partes, durando hasta las tres y media y llegándose a disparar a corta distancia, momento en que la fuerza atacante se retiró, completamente derrotada. No era para menos, pues Nother había muerto en el puente de su buque y la *Carmen* había volado por

los aires. Según afirma Romarate en su parte, ello se debió a un afortunado impacto de una pieza de a 18 española. De acuerdo con las fuentes argentinas el buque había varado, y su comandante, el griego Pedro Samuel Spiro, prefirió sacrificarse volándolo antes que caer en manos de los españoles. En cualquier caso, de nuevo Romarate escribió en su parte: «la escasez de municiones me ha imposibilitado conseguir una completa victoria, que he tenido que dejar huir de mis manos con el mayor dolor».

Nada sabemos de las pérdidas argentinas, aparte de las muertes de Nother y de Spiro, pero debieron de ser sensibles. En cuanto a las españolas, se redujeron a un muerto y unos pocos heridos, «la mayor parte de poca consideración», entre ellos el comandante de la *Aranzazu*, contuso levemente.

Así consiguió Romarate su tercer triunfo luchando en unas condiciones verdaderamente heroicas, falto de todo y contra un enemigo decidido y valiente de fuerza superior. Pero su flotilla no pudo ya participar en los siguientes y decisivos acontecimientos.

Aparte de las propias dotes de Romarate y de sus subordinados, quedó meridianamente claro que los españoles estaban mucho más familiarizados con aquellas aguas fluviales de difícil navegación por corrientes y vientos y calados escasos y variables que los corsarios de cualquier nacionalidad, poco conocedores de aquellas condiciones y habituados a operar en «aguas azules» o de mar abierto. Añadamos a ello la proverbial pericia de los españoles de la época al operar con cañoneras y fuerzas sutiles en general, ampliamente mostrada en años y luchas anteriores, y veremos que aquéllos fueron los factores decisivos en unas victorias donde tanto el número como la potencia estuvieron en contra de ellos y muy a favor de los que arbolaban el pabellón argentino.

La victoria argentina y la capitulación

Los argentinos se guardaron mucho de volver a atacar a la flotilla española, pero el hecho decisivo es que ésta quedaba descartada, pues por sus carencias no podía operar, salvo a la más estricta defensiva. Brown, tras reparar y reforzar sus buques, se decidió a dar el golpe decisivo a Montevideo, ya sitiado por tierra, y al que un bloqueo naval condenaba a la rendición.

Como ya hemos dicho, había en Montevideo algunos buques españoles, si bien carentes de dotaciones y de otros pertrechos. No es que fueran gran cosa, pues el mejor de ellos, el queche *Hiena* había sido apresado a los revolucionarios en un afortunado golpe de mano dado por media docena de hombres en un bote, mandados por un tal José González, cuando el buque fondeó sin precauciones en un puerto de la Patagonia. Este buque fue justamente elegido como capitana de la nueva flotilla.

Las autoridades militares y navales de Montevideo, que no habían sido capaces ni de aprovisionar a Romarate ni de apoyarlo, descubrieron de pronto que, sin una fuerza naval adecuada, estaba perdida la causa española, y entonces con suma precipitación se decidieron a reclutar gente y aprestar los buques. Hubo que hacer levas forzosas, resultando que los reclutados eran lo más bajo de la ciudad y tan carentes de formación naval que hubo que fijar naipes en palos y aparejos para que comprendieran las órdenes de los oficiales, que así eran: «al as deoros» o al «siete de bastos» para dirigirse al palo mayor o a las escotas. Cabe imaginar los resultados de semejante solución.

La malhadada flotilla se hizo a la mar el 14 de mayo de 1814, siguiendo a la de Brown, que se retiró lentamente tras cambiar algún cañonazo. Al poco, los buques españoles decidieron que ya habían tenido bastante y se replegaron hacia Montevideo, desordenándose por completo y desapareciendo, la primera la capitana *Hiena*. Brown entonces pasó a la acción, con su escuadrilla bien agrupada, atacando sucesivamente a los dispersos, que apenas ofrecieron resistencia antes de rendirse o de irse contra la costa y ser incendiados o volados para impedir su captura, haciéndolo así cuatro entre los primeros y dos entre los segundos. Los otros seis llegaron a puerto, pero con la gente completamente desmoralizada. A los argentinos les costó la decisiva victoria apenas un puñado de bajas, entre ellas cuatro muertos, y 48 entre muertos y heridos a los españoles en los buques apresados, aparte de los 417 prisioneros. Uno de los pocos heridos argentinos fue el propio Brown, en una pierna, pese a lo cual siguió al mando y fue de hecho con su insignia en la reparada *Hércules* el que más se destacó en el combate.

Nos imaginamos la reacción de Romarate ante semejante ineptitud, pues todos sus esfuerzos y victorias quedaban así invalidados de un plumazo, y nada honroso además.

Montevideo tuvo pues que capitular el 20 de junio de 1814, quedando únicamente en el Plata el «pabellón nacional» (como lo nombra siempre Romarate en sus partes) rojo y amarillo arbolado en los buques de su flotilla. Tanto los orientales de Artigas como los gobernantes de Buenos Aires le intimaron a la capitulación, juzgando su causa desesperada, y queriendo cada parte quedarse con buques y armas. Al fin Romarate, vista la imposibilidad de cualquier resistencia y previa junta con sus oficiales, firmó la rendición el 22 de julio a los argentinos, quedando libres éstos para volver a España, cosa que efectuó Romarate en buque mercante, llegando a Málaga en abril de 1815, de donde pasó a Madrid con licencia poco después, siendo examinada y aprobada su conducta, como no podía ser por menos. Aquello le valió el ascenso a capitán de navío efectivo el 29 de mayo de 1815.

Trayectoria profesional y política posterior

Los acontecimientos posteriores de la vida de Romarate se salen del propósito de este trabajo, pero bien podemos señalarlos escuetamente para que el lector complete la trayectoria de este gran marino español: en 12 de septiembre de 1815 fue ascendido a brigadier graduado, y en 30 de mayo de 1816 fue nombrado vocal de la Junta Militar de Indias. El 30 de octubre de 1818 se le dio la comandancia del Tercio Naval y provincia de Santander, ascendiendo a brigadier efectivo el 26 de febrero de 1819. En agosto del último año se le envió a Cádiz a tomar el mando del Departamento y organizar la escuadra allí fondeada, pensando en una expedición a América. Es



Coronel Rafael Riego.

de señalar que, por dos veces, alegando motivos muy ciertos de salud y de inconveniencia personal, pues se consideraba un «americano», rechazó el mando de sendas expediciones destinadas a luchar contra los revolucionarios.

Sus ideas políticas quedaron claras durante el Trienio Liberal que siguió al pronunciamiento del coronel Riego, al ser nombrado el 28 de febrero de 1822 ministro de Marina en un gabinete moderado, presidido por Martínez de la Rosa, hasta la dimisión del Gobierno en agosto de ese mismo año.

La reacción absolutista representada por la invasión de los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis» supuso para él, si no la persecución política, sí un evidente ostracismo, quedando sin destino y con dos tercios de paga en Bilbao. Tras tanta peripecia, eso supuso al menos cierta tranquilidad para dedicar tiempo a su vida personal, y así consta que obtuvo licencia el 19 de noviembre de 1826 para casarse con doña María Segunda de Echevarreta.

Sólo la muerte de Fernando VII le permitió reanudar su carrera, siendo primero destinado a ejercer la Comandancia de Bilbao; fue luego elegido procurador en Cortes por la provincia de Vizcaya, y en 25 de febrero de 1835 nombrado vocal de la Junta Superior de Gobierno de la Armada. Tras petición escrita a la reina gobernadora, madre de la todavía niña Isabel II, haciendo

notar que era brigadier desde hacía 16 años, fue ascendido a jefe de Escuadra el 11 de junio de 1835 y promovido a consejero de Estado, honores que llegaron ya algo tardíos, pues nuestro marino murió en Madrid de enfermedad el 27 de agosto del año siguiente, a la relativa corta edad de 60 años, incluso para esa época.

Así acabó la vida de un gran marino, casi totalmente desconocido en España, cumpliéndose de nuevo el dicho de que «nadie es profeta en su tierra», y menos en ésta. Y no deja de resultar paradójico que, por el contrario, Brown, Azopardo, Bouchard y tantos otros mencionados en estas breves páginas, de los que Romarate fue un más que digno adversario, sean recordados, homenajeados y puestos como ejemplo en Argentina y en su Armada.

Sirvan así estas modestas líneas para aliviar esa notoria injusticia histórica, tarea que nos proponemos completar en plazo no muy largo con un trabajo mucho más extenso.



BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón, Tomo IX*. Museo Naval, Madrid, 1973, cap. V, pp. 91-119.
- CARRANZA, Ángel Justiniano: *Campañas Navales de la República Argentina, Vol I*. Secretaría de Estado de Marina, 1962.
- Archivo General de Marina Don Álvaro de Bazán, Expedientes Personales, Cuerpo General, Don Jacinto Romarate, legajo 620/1069.